

CAPÍTULIS GRATUITOS

Amores viajeros

Pepa Úbeda

El planeador

Decidimos ir a la playa. ¿Qué hacer, si no, un domingo de mediados de agosto con un sol que carbonizaba la piel y fundía el asfalto? Nadie recordaba temperaturas como aquellas, pese a que estábamos acostumbrados a las ráfagas de fuego que nos traían en verano el viento de poniente y el siroco. Así pues, agarramos un par de hamacas de lona descolorida, embutimos en la nevera portátil una ensalada fría y toneladas de hielo, de zumo de limón y de soda, y nos fuimos a la Fustera.

Hacía un año que estaba con Óscar. Acababa de llegar al Instituto de Secundaria de Benissa como profesora cuando lo conocí. Era noruego y, harto de las borrascas y del frío de su país, se había bajado al sur dos años atrás para trabajar en

una inmobiliaria que alquilaba y vendía apartamentos y chalets, a escandinavos y británicos principalmente. Medía un metro noventa, tenía piernas de dios griego, todos los músculos del cuerpo en su sitio, piel tostada y pelo rubio. Era cariñoso y extrovertido, pero, a veces, su ingenuidad le jugaba malas pasadas.

—Para sentarme debajo de vuestras palmeras — respondía siempre que le preguntaba la gente por qué se había venido a vivir aquí.

Cuando llegó, ya bebía mucho. Como yo, una pelirroja pulverizada de pecas que no llegaba al metro sesenta y cinco, pero que lucía bien. Ni yo misma recuerdo cuándo había empezado a beber ni tampoco sabría decir cómo conseguía llegar al final del día si no lo empezaba con un par de copas de lo primero que encontraba a mano.

Al principio, entre Óscar y yo todo rodó bien, pero no tardamos en parecer aspas de molino que, en vez de elevar agua, elevaban alcohol. Con todo, a pesar de emborracharnos juntos, de arreciar el caos en nuestras vidas, de mirarnos desconcertados, de ayudarnos y desayudarnos, de decepcionarnos y desgobernarnos, seguíamos queriéndonos. Óscar era bastante más que un amante encantador. Era, ante todo, un buen amigo.

El día que decidimos ir a la playa, ya habíamos empezado a estorbarle el camino a la bebida, pero se nos hacía muy difícil dejarlo. Todavía no nos dábamos cuenta de que, solo si nos enfrentábamos por separado al alcohol, nos libraríamos de él. El endemoniado viento de aquel domingo despejó nuestras cabezas para siempre.

Óscar era un niño en la cabeza de un grandullón y podía parecer, a veces, extravagante. En el garaje de casa, guardaba un pequeño planeador de colección de esbeltas alas y cuerpo estrecho al que adoraba. Aquel domingo decidió llevárselo a la playa, pero no me lo dijo. Cuando llegamos, después de acomodarnos junto a unos matorrales en el extremo sur de la cala, lo sacó, lo depositó encima de la toalla y le enganchó a la cola el extremo de un sedal. Si me hubiesen pinchado la piel con una aguja en ese instante, no me habrían sacado ni una gota de sangre.

—¿A ti qué te parece que hacemos aquí, dos personas crecidas, con un planeador de juguete? ¿Con toda la canícula del infierno encima? ¿Y un ejército de bañistas tan asfixiados de calor como tú y como yo a nuestro alrededor? —le pregunté irritada.

A continuación, coloqué la hamaca en dirección al mar y de espaldas a él, y me tumbé. Siguió revolviendo, pero no lo miré.

El viento arreciaba, nos azotaba, levantaba la escasa arena de la playa y planchaba las olas del mar.

De repente, el artefacto se elevó como una nave espacial. Me puse de pie y vi a Óscar sobre una roca dándole más hilo al juguete. Por primera vez, me animé y me acerqué a él. Atónitos nos quedamos cuando se nos escapó aquel granujilla.

—¡Menos mal que lo he atado bien! —exclamó.

Tenía razón, ya que, apenas lo dejó ir, se puso a ondear. ¡Y cómo ondeaba! Miré a Óscar. Una sonrisa tan abierta como aquella enseñada encendía sus labios.

El carrete tenía tanto cordel que podría haber llegado de punta a punta de la cala y, aún así, sobrar. Óscar soltó más sedal y la aeronave se encaminó mar adentro. Como el viento seguía encabritado, haló el sedal y lo obligó a bajar. Casi se zambulló en el agua, pero consiguió someterlo y obligarlo a subir de nuevo, a danzar y oscilar, mar adentro, cada vez más lejos.

Al final, se precipitó en la luz de aquel cielo intensamente turquesa y lo perdimos de vista. La única certeza que teníamos de que continuaba allí era que la cinta jalaba tanto que la tuvimos que sujetar entre los dos. Hubo un momento, cuando intentábamos vislumbrar el planeador, en que aparté las manos del carrete y abracé su cintura. Nos miramos y soltamos la carcajada.

—¡Anda! ¡Sujeta el carrete, voy a por unos banderines! — gritó. A su regreso, los ató al cordel y se elevaron sobre el mar. Comenzaron a danzar aupados por la brisa. Bajo aquella luz fascinante, era imposible divisar cordel y planeador, pero no aquellos trozos de tela de colores intensos que se balanceaban como si nada ni nadie los sujetase.

De pronto, una goleta apuntó por el extremo norte de la cala y cruzó por debajo de las pequeñas banderas. Cuando los ocupantes las avistaron, se detuvieron y miraron a su alrededor. Al localizarnos, se rieron y nos reímos.

Y así se nos pasó el tiempo... Pocas veces tan trabados como aquel día... No solo contemplando unos banderines colgados del cielo, sino también a la gente que los miraba fascinada. No obstante, no volvimos a ver la pequeña

aeronave, aunque siempre supimos que estaba al otro extremo del cordel.

Tampoco nos dimos cuenta de que se había hecho de noche, de que estábamos muy cansados y de que nos habíamos quedado solos. Así y todo, atamos el sedal a una roca y, mientras el velero navegaba por el cielo y las pequeñas banderas oscilaban, hicimos el amor y nos sentimos bien.

A media noche, Óscar intentó atraerlo, pero el viento continuaba tan revuelto que, de un tirón, arrancó el sedal y el juguete desapareció para siempre. Con todo, el infernal huracán que estuvo todo el día y casi toda la noche peinando la Fustera lo cambió todo. O, tal vez, fue el planeador.

Óscar era entonces mi mejor amigo y un buen amante. Han pasado treinta años y aún es mi mejor amigo. Ya no somos jóvenes y vivimos muy lejos el uno del otro. Él ha vuelto a sus gélidas borrascas y yo continúo enseñando en Benissa. Él se ha enamorado de otras mujeres y yo, de otros hombres, pero ninguno de los dos ha olvidado al otro.

El próximo 15 de agosto se cumplirán treinta años desde que ya no bebemos. Todavía hoy, me recuerdo con él en la playa. Mi brazo alrededor de su cintura, los banderines colgando de un tenso cordel casi transparente que nadie puede ver. Sabemos que, al otro extremo del sedal, hay un planeador que no deja de volar a causa de la violencia que el viento desencadena. Y que ambos advertimos.

De camino

Era muy tarde aquel siete de diciembre de 1949 cuando subí al autobús. Desde la plataforma, contemplé por última vez el luminoso valle que había sido mi hogar los últimos cuatro años y que siempre me recordó a un bodegón flamenco.

Me detuve ante el primer asiento vacío y le pregunté a la ocupante de al lado si estaba libre. Con cara de haberse comido una Granny Smith, asintió, dio media vuelta y se durmió. Debía de mediar los cincuenta y vestía regio. Me sorprendió que viajase en autobús, transporte para blancos pobres. En cuanto entramos en la estación, se despertó y me sonrió. Le devolví la sonrisa.

—¡Qué incómodos son estos autobuses! —me atreví a comentar.

Al cabo de un momento, le pregunté más decidida adónde iba. Su acritud me sacudió como una bofetada.

—Quiero conocer mi país a pie de campo —escupió. — Ahora que hemos metido en cintura a ese hatajo de comunistas defensores de la basura negra.

Guardé silencio.

Tenía veintidós años y acababa de divorciarme tras cuatro de un matrimonio ridículo. A medida que el autobús se acercaba dando bandazos al sur, me sentía cada vez más alegre, pero también avergonzada. Alegre, porque volvía a ser libre y porque había decidido que nunca más ocultaría que me gustaban las mujeres; avergonzada, por haber sido cobarde al continuar con un tipo tan mezquino.

Había vuelto a la universidad, pero en el norte me asfixiaba. Tiros en las manifestaciones, asaltos brutales de la policía en las aulas, torturas en calabozos siniestramente invisibles... Nunca sabías a quién de los tuyos no volverías a ver o cuántos caerían la próxima vez o si no serías tú la siguiente persona a quien vendrían a buscar. Era hora de volver a la Península del Cabo. Terminaría la carrera de Bellas Artes y luego ya vería. La vida tampoco era fácil allí, pero era mi casa.

Mi vecina se levantó.

—Me bajo. Quiero ver cómo les va. Seguro que ya no reconoceré el pueblo. Nací aquí —fueron sus últimas palabras.

Me apresuré a sentarme en su sitio. Al cabo de unos minutos, una mujer paquidérmica ocupó el que había sido el mío. No tardé en dormirme y dormida continué hasta la parada siguiente.

Conocí a Denise en la cafetería de la estación de Welkom. En los autobuses viajamos de dos en dos, como islotes gemelos de un archipiélago rodante, y, si el viaje es largo, todo el mundo acaba por conocerse, y el nuestro lo era.

A pesar de que todavía era temprano cuando mi autobús paró en Welkom, el calor se había hecho insoportable. Como tenía el cuerpo dolorido de tantas horas sentada, decidí tomar un té. La divisé en cuanto entré en la cafetería. Supuse que debía de tener mi edad. Hojeaba una revista mientras se fumaba un cigarrillo con un gesto extraordinariamente cosmopolita. Me detuve a mirarla como una criatura y, como si mis ojos le quemasen la piel, levantó el rostro y sonrió. Terminamos riendo juntas como dos bobas.

Era menuda y pálida, cara en forma de corazón y pelo negro muy rizado. Su sonrisa, sus enormes ojos, sus carnosos labios te enganchaban. Yo era todo lo contrario y mi aspecto me hacía sentir mal: alta y desgarbada, cara de rosquilla y pelo lacio color paja. Las dos vestíamos blusas de lino, muy arrugada la mía, y amplias faldas floreadas de algodón, las cuales estaban de moda a la sazón.

—¿Dónde vas? —le pregunté cuando le cogí confianza.

—A Ciudad del Cabo. A coger un barco que me lleve a Inglaterra. Quiero estudiar Arquitectura allí.

No había por entonces demasiadas mujeres arquitectas y la miré deslumbrada.

—Si puedes construir casas y ordenar ciudades, puedes hacer cualquier cosa que te propongas en la vida —añadió de inmediato aquella decidida personita con ojos luminosos.

—Yo no tengo tan claro como tú a qué me dedicaré, pero no quiero calentarme la cabeza de momento.

Sonrió de nuevo y, con su expresiva mirada, me recorrió de arriba abajo.

En el autobús, nos sentamos juntas y el viaje empezó a hacerse sorprendentemente corto. Leíamos, charlábamos,

dormíamos, intercambiábamos nuestros asientos, nos quejábamos del calor... A través de la ventanilla, vimos un par de veces que la carretera se disolvía en un brillante espejismo, como aguas lejanas fundidas en el horizonte. Recordaban gélidas superficies de plata.

Me contó que era judía, que su padre comerciaba con piedras preciosas, que sus abuelos habían venido de Rusia, que su familia se sentía a gusto en el país y que había estudiado en un colegio inglés.

—Donde clasismo y racismo iban cogidos de la mano —añadió con sorna.

No pudo soportarlo. Tampoco que su familia se hubiese pasado al bando de los perseguidores, así que les anunció que se marchaba.

Yo le conté mi vida de un tirón, pero no me atreví a confesarle la fascinación que su persona me producía, y seguimos charlando, riendo y durmiendo. Llegamos incluso a cantar, casi en susurros para que nadie nos oyese, viejas canciones inglesas que adorábamos y que habíamos aprendido en la escuela.

En Kimberley, coincidimos en que el viaje estaba haciéndose demasiado corto, por lo que convinimos en prolongarlo unos días.

—Si te parece, alquilamos una furgoneta aquí y bajamos por nuestra cuenta y a nuestro aire a Ciudad del Cabo —sugirió entusiasmada.

También fue en Kimberley donde empezó a hablar más.

—Nunca me he enamorado, nunca he querido a nadie de verdad —me confesó.

Cuanto más la conocía, más me seducía esa muchacha vital y sonriente.

Al día siguiente, llegamos dichosas pero cansadas a Hopetown. Tierra de granjeros y piedras preciosas, pero árida y triste a pesar de su nombre. Alquilamos un bungalow a las afueras. Allí, paseamos por la soledad de sus peladas colinas y aprendí que, únicamente respirar, podía convertirse en un placer muy sensual. En Hopetown, hice el amor con una mujer por primera vez. Nunca he besado a otra como besé a Denise en aquel ardiente bungalow y nunca he recibido otros besos como los suyos. Tampoco he visto en los ojos de ninguna mujer el éxtasis que vi en los suyos, semejante al de la Teresa judía de Bernini.

Cuando abandonamos la habitación, la cama quedó señalada por nuestro primer acto de amor. Sería la primera imagen que viese el propietario del bungalow bendecido por nosotras. En el aire, todavía flotaba el perfume de nuestros cálices.

El resto del viaje fue como una brisa de finales de octubre.

La última noche en Ciudad del Cabo, no le pedí que se quedase, pero, ante una copa de *Grande Cuvée Brut* de Boschendal de

1948, me pidió que continuásemos en contacto. Y así fue: durante cincuenta y siete años nos escribimos un par de veces al año.

Al terminar la carrera, Denise se fue a los Estados Unidos y se casó con un arquitecto que trabajaba en el mismo estudio que ella en Nueva York. Terminaron por crear el suyo propio y se trasladaron al sur de California, donde se quedó a vivir a pesar de haber enviudado. Tuvo dos hijos y se

convirtió en una arquitecta célebre. Solo volvió a Johannesburgo para el entierro de su padre.

Yo terminé Bellas Artes en Stellenbosch y empecé a dar clases en la *University of Cape Town*. Tras algunos flirteos, conocí a Eileen, una australiana que había venido comisionada por Naciones Unidas a ver qué pasaba con nosotros. Por segunda vez, me enamoré. Me fui con ella cuando tuvo que regresar a su país. Esta vez lo hice mejor, ya que vivimos juntas en Adelaida hasta que falleció. Nunca más volví a mi país, aunque el *Apartheid* terminó de manera oficial en 1994.

Denise, la primera mujer de quien me enamoré, propuso que nos encontrásemos. Eso fue a finales de 2006. Yo tenía mis dudas, ya que pensaba que nuestra relación se había salvado en el recuerdo y que más valía dejar las cosas como estaban, pero Denise insistió.

Nos vimos en Sidney a principios de diciembre. Dos señoras de ochenta años. Una menuda y otra desgarbada, nada corpulentas, y, tanto ella como yo, con el cabello bien cortado y de un blanco brillante. No obstante, algunos vestigios de formas femeninas habían sobrevivido al combate contra los años.

«Después de todo, con buen aspecto», pensé.

Pero entre las dos habíamos tenido tres anginas de pecho, dos operaciones de cataratas, una deficiencia tiroidea, un enfisema y artritis. Ambas tomábamos nuestras píldoras estoicamente, llevábamos gafas, caminábamos pausadamente pero sin bastones y estábamos bastante bien del oído.

Charlamos y reímos sin parar tres días completos. Comparamos nuestras carreras, nuestros países de adopción, nuestras vidas, nuestro tiempo. Denise, además de ser una arquitecta brillante, había fundado y dirigido un servicio que ayudaba a los ancianos a encontrar nuevas maneras de ser útiles. Yo había viajado por todo el mundo gracias a mis ilustraciones y a proyectos pedagógicos relacionados con el diseño.

En la cena de despedida, surgió la pregunta.

—Denise, si se te diese la oportunidad de vivir tu vida de nuevo, tal como ha sido, sin el más mínimo cambio, ¿repetirías?

—No —respondió de manera demasiado tajante, aunque con un matiz de desgarrada melancolía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿He de querer decir alguna cosa?

—Creo que sí.

—Que te gusta tu vida —dijo con un cierto retintín.

—Quizás —respondí con una sonrisa franca —y quizás también que tú no reconoces los méritos de la tuya.

—Quizás —repitió con una tristeza que le aclaraba los ojos.

—Después de aquel viaje, me arrepentí de haberte engañado. O eso creía yo. Pensaba que para mí era tan solo un experimento, un juego, un ir «un poco más allá». Pero para ti fue la prueba definitiva. A partir de ese momento, pudiste tomar las riendas de tu propia vida. Yo creí que podría querer a mi marido y quise tener hijos con él. Pero era miedo y el miedo me ha acompañado siempre. Le cedí el protagonismo cuando los dos sabíamos de quién eran las

ideas, los proyectos, las soluciones... Le pagaba de ese modo mi necesidad de huir de vez en cuando, mi asco de mí misma y de él.

Tomé sus manos y las acerqué a mis labios. A continuación, las deposité sobre la mesa y, con las yemas de mis dedos, sequé sus lágrimas. Permanecimos en silencio.

Al final de la cena, brindamos con un Dalwhinnie Shiraz 2005 por el mundo, nuestras vidas, nuestra historia y nuestro reencuentro. Decidimos que había sido bueno.

Al día siguiente, no propusimos ninguna necesidad del tipo de tener otro encuentro y cada una de nosotras volvió a su casa. Con amor.

En la madrugada

A pesar de que han pasado treinta años, para mí es como si hubiese sido ayer.

Por aquel entonces, estudiaba la carrera de Ingeniero Topógrafo en Madrid, aunque en vacaciones volvía al pueblo, donde realizaba trabajos para la Escuela de Ingeniería Topográfica y ayudaba a mi padre a cobrar sus préstamos a renteros y a aldeanos. A mediados de agosto de hace treinta años, me envió a recaudar dinero de un buen puñado de deudores suyos y calculé que me llevaría un par de días fuera.

—Cojo la furgoneta. Pasaré la noche en el monte y aprovecharé para tomar medidas. —Les anuncié a mis padres.

Anohecía cuando me desvié hacia Corral Nou, en el Bobalar, donde sabía de un aljibe y un claro extenso para levantar la tienda. De camino a mi destino, vi a un mochilero en una intersección. Me hizo una señal y frené.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Ahí delante, a acampar —señalé con la barbilla un punto impreciso ante mí.

—¿Puedo quedarme contigo? Acepté.

—¿Dónde vas tú? —pregunté cuando subió a la furgoneta.

—Estoy de vacaciones y no tengo planes a la vista, así que me dejo llevar. ¿Y tú qué haces?

—Cubro las facturas de mi padre en vacaciones y tomo medidas de campos, caminos, carreteras, montes... Quiero ser ingeniero topógrafo.

—¿Puedo acompañarte? Hasta que te canses de mí — preguntó con sonrisa de pedir perdón.

Por segunda vez, acepté.

Me dijo que se llamaba Marcos y que tenía veinte años. Si bien no debía pasar del metro sesenta, era de cuerpo musculoso y nervudo, cara chupada y piel muy cetrina. Sin embargo, lo que más llamaba la atención eran sus ojos, redondos y minúsculos como la cabeza de una aguja. Resultaba difícil advertir que fuesen tan negros como su pelo. Parecía tranquilo y pensé que, al fin y al cabo, no estaría mal un poco de compañía.

Él llevaba cuatro trozos de pan y yo, una cesta en la que mi madre había metido de todo y en cantidad; incluso tres botellas de vino oscuro y espeso, aroma ahumado y muy dulce. Entre bocados y copas le fui cogiendo confianza y terminé por revelar que el mundo de los heterosexuales había dejado de ser el mío. Si es que alguna vez lo había sido.

—Lo vi claro al llegar a la adolescencia. Ahora lo tengo asumido, aunque me costó. Mis padres no lo saben, no lo entenderían.

Yo no sé si fue el vino, la comida de mi madre, *Like a Rolling Stone* de Dylan sonando en la oscuridad o haber estado sin sexo durante tanto tiempo. El caso es que, sin saber cómo, me vi asaltado por él y estallé de manera salvaje. Poco más recuerdo. Me había encontrado con un chapero experto

y tierno que consiguió que le perdiese el miedo a lo que más temía.

Al día siguiente, llamé a mis padres por teléfono y les dije que pasaría otra noche fuera.

—He cobrado todas las deudas, padre, pero quiero tomar medidas para el Departamento de Cartografía y necesitaré un día entero.

Durante la jornada, Marcos me ayudó a marcar límites entre campos, sin embargo hablamos poco. Por la noche, acampamos en las Fuentes del Llosar, tan tranquilas como el Bobalar. Una vez terminado lo que todavía quedaba en la cesta, volvimos a los brazos del otro hasta que nos dormimos.

Me desperté de madrugada y, como no podía dormir, empecé a meter los bártulos en la furgoneta. De repente, oí una explosión y, a continuación, un agujonazo me abrasó la sien.

«Seguro que ha estallado algún cristal y se me ha incrustado en la cabeza una esquirla», pensé. No obstante, comprobé que las ventanillas estaban intactas.

Levanté la cabeza y vi a Marcos. Me apuntaba con una pistola y acababa de dispararme. Intuí que quería robarme.

—Llévate el dinero y la furgoneta, tranquilo, ya me las arreglaré, pero ¡por favor, no me hagas nada! —grité.

Otra detonación me traspasó el oído y me sacudió. La sangre empezó a brotar. Además de robarme, constaté que también quería asesinarme. Sin lugar en donde esconderme, me preparé para morir. A partir de ese momento, se puso en marcha el trozo de mi vida que más largo se me ha hecho.

«Relájate, respira, no te duermas...», no dejaba de repetirme a mí mismo.

Mi cuerpo se desplomó y, ante mí, empezó a discurrir, como si de una película muda se tratase, toda mi existencia. Al final del filme, pedía perdón y perdonaba, y me despedía de mis padres, mi hermana y mis amigos.

El tercer disparo se incrustó en la furgoneta. Sentía que el corazón me golpeaba implacable y en mi cerebro se multiplicaban las alucinaciones. La suerte se me acababa y lo único que me preocupaba era quedar en paz. Dinero, carrera, sexo, mi propia biografía... dejaron de tener sentido. Al mismo tiempo que mi conciencia se diluía, llegó otro tiro que me cegó y, pese a que también se desvió, reanudé la letanía agarrotado por el terror.

«Aguanta, respira, no te duermas...», insistía. Y yo, que nunca había creído en nada, recé.

Intuí una quinta bala y acerté. La descarga llegó, reventó el silencio y me apaleó. Se había abierto paso ante mis ojos y sentí un agudo dolor a la altura de mi sien izquierda. La sangre brotó más violenta que antes; no obstante, yo continuaba aferrado a mi cuerpo, atado a todas las quebradas y collados de mi calavera.

Mi futuro a corto plazo se convirtió en presente y mi vida, que se había transformado en una especie de vuelo por encima de una casa sin tejado, se derrumbó.

—¿Por qué no te has muerto, tío? —graznó Marcos. —
¡Se supone que tendrías que estar muerto! —rugió.

—No lo sé —alcancé a contestar.

Se acercó a escudriñarme, a registrar mi miedo.

—¡No lo entiendo! ¡No entiendo por qué no te has muerto!

¡Te he disparado cinco veces! —me abroncó.

Nada quedaba de su antigua ternura.

—¡Cinco veces te he disparado, cinco, tío! —insistía confuso y decepcionado.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —me atreví a preguntar.

Confiaba en que aquella situación inesperada podría conmovirlo. Al menos, por las dos noches que habíamos pasado juntos.

—Matarte, coger la furgoneta y el dinero y marcharme, ¡no lo sé! —gritó.

—¿Por qué matarme? —lo interrogaba a él y me interrogaba a mí mismo.

—¡Porque tú lo tienes todo y yo no! —disparaba ahora con palabras.

—Si es por eso, coge el dinero y la furgoneta y vete... —insistí con voz débil.

Lo dejé rumiar. Cuando pareció tranquilizarse, intenté pactar.

—¿Has pensado en mi propuesta? —empecé de nuevo.

—No lo sé aún... Quizás podría llevarte al hospital...

—¡De acuerdo, amigo! —me apresuré a responder.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? Yo, que quiero matarte... Y ahora ya no puedo... —empezó a dar vueltas por delante de la furgoneta.

—Te llevaré al hospital, pero antes te ataré. ¡Y que no se te ocurra moverte porque te mato! —se acercó.

—De acuerdo, amigo —repetí afable.

—¿Estás bien? —por un instante, la ternura volvió a su voz. Justo en ese momento, supe que no iba a morir, que sobreviviría.

Al menos, en esa ocasión.

—Muy bien —respondí aliviado y en tono afectuoso.

Marcos subió a la furgoneta, puso en marcha el motor, remontó la rampa, patinó sobre las piedras y, por fin, se incorporó a la carretera.

Aunque estaba seguro de que viviría, me quedaba el temor de que me llevase a algún sitio donde pudiese ocultar mi cadáver. Tumbado atrás, miraba el cielo. No debía de haber pasado mucho tiempo desde que todo había empezado, porque era aún muy débil la claridad del día. «¿Habría tomado la dirección del hospital?», me pregunté. No estábamos lejos.

En un momento determinado, empezó a aminorar y, a continuación, giró a la izquierda y entró en un camino pedregoso. Después, se detuvo. Estaba claro que no estábamos en el hospital, pues solo se oía el silencio, el mismo salvaje y afilado silencio que había precedido a los disparos.

—Tengo que matarte —volvió a repetir; ahora, impasible.

—¿Por qué?

—Porque si te llevo al hospital, me cogerán y no quiero ir a la cárcel, no puedo.

Me di cuenta de que estaba mejor de lo que había supuesto y la certeza de que sobreviviría se afianzó; con todo, no podía exteriorizarlo. Tenía que desviar su atención, hacerlo hablar, calmarlo...

—¿Por qué no puedes ir a la cárcel, Marcos?

Bajó de la furgoneta, se acercó, abrió la puerta, apoyó en ella la espalda y se deslizó hasta sentarse en el suelo. Desde donde yo continuaba tumbado, escuché su lamento, al mismo tiempo que en la radio sonaba *Desolation Row*. Habló de la casa a la que nunca podría volver, de la madre muerta que

nunca lo pudo proteger de los abusos y las palizas de un padre siempre borracho, del desprecio de los maestros, de su vida como traficante y de cuando empezó a engañar a los colegas que ahora lo perseguían. Algunos estaban en la cárcel esperándolo.

—Por eso necesitaba encontrar a alguien a quien pudiese robar y, si me creaba dificultades, matar. De ese modo, podría irme aún más lejos, montarme una nueva vida, ser libre — sollozó.

El cielo empezó a mudar de añil a cobalto intenso y el trájín de insectos, a aumentar. Yo estaba eufórico por seguir vivo. Seguía en la misma posición desde que caí. La sangre de mi cabeza estaba reseca, los tobillos insensibles, el culo magullado.

—Estoy cansado, Marcos. Estaría mejor si me ayudases a levantarme, a salir de la furgoneta, a estirar las piernas...

—¿Me prometes que no harás ninguna tontería?

—Te lo prometo. Solo dime qué puedo hacer y solo eso haré. Me ayudó a levantarme y me sacó. Ante mí había una rampa que conducía a un embalse. Era un mundo nuevo: el de después de las dos explosiones, la del sexo y la de la muerte. Un mundo de abigarrados tornasoles.

—¿Puedo bajar a lavarme?

Accedió. De camino al embalse, pensé que podría dispararme por la espalda, que no le resultaría difícil atar mi cadáver a una piedra y hundirlo en el agua, pero la intuición volvió a tranquilizarme. Estaba seguro de que eso no pasaría, porque había empezado a sentirme inmortal e impermeable a sus balas.

Mientras me lavaba, se acercó y miró absorto el embalse.

—¿Qué harías si te diese la pistola?

—La echaría al agua —contesté de inmediato.

Marcos engarzó como respuesta una sarta de razonamientos sin opción a réplica: que si no estaba enfadado con él, que debería estarlo porque me había disparado, que él lo estaría, que me habría matado si yo le hubiese dado la pistola...

—No te entiendo, de verdad que no te entiendo, eres extraño... eres tan distinto de los tíos con los que me he encontrado... y, la verdad, no sé por qué no te moriste cuando te disparé —concluyó.

Silencio.

La compasión sacó ahora la cabeza, porque también Marcos había cambiado. Nunca volveríamos a ser como antes de aquellos cinco tiros en la madrugada.

—¿Qué hacemos, Marcos?

—No lo sé. No puedo llevarte al hospital, no puedo dejarte ir, no puedo matarte... ¡No—lo—sé! —gritó.

Nos sentamos a la orilla del embalse y sopesamos el dilema. Yo sugería y él escuchaba mis propuestas antes de rechazarlas. Buscábamos un compromiso que a él le salvase su reputación de duro y a mí, la piel. Al final, llegamos a un acuerdo: yo lo dejaría ir y no le diría la verdad a la policía; él se llevaría el dinero y la furgoneta, no me mataría y nunca más volvería a robar, traficar con drogas o asesinar.

Entré en el vehículo. A tres calles del hospital, aparqué junto a la acera y me ayudó a bajar. El aire quemaba. Le di el dinero y nos estrechamos la mano. Yo, sonriente; él, confuso. Di media vuelta y me fui. A pesar de que se alejaba,

empezaron a llegar las primeras notas de *Ballad of a Thin Man* procedentes de la radio.

En el hospital, me sacaron fragmentos de metal, esquirlas de huesos y trozos de piel. Me cosieron la cabeza y me preguntaron qué había pasado. Les conté lo que podía contar.

—Has tenido suerte, chaval. La primera bala te pasó rozando, y la segunda y la quinta te rebotaron en el cráneo. Tienes que informar a la policía y nosotros, también.

Lo sabía, pero no tenía intención de hacerlo porque había dado mi palabra. Así que les di un montón de pistas falsas e incongruentes sobre la persona con la que había pasado las cuarenta y ocho horas más importantes de mi vida.

Se trataba de cumplir una promesa y lo hice. Me alegraría saber que Marcos también pudo.

Last minute

Pasear me ayuda, así que, como Luis andaba sobrado de mosqueo y yo no estaba para argumentos, pillé la trenca y salí.

Era un sábado por la tarde de mediados de diciembre. Calles y tiendas volvían a estar enjaezadas, un año más, como yeguas de feria. La mayoría, con el mismo mal gusto de siempre; así pues, opté por una calle más austera. Llevaba tan solo diez metros caminados cuando me tropecé con una elegante agencia de viajes recién abierta.

Tras el silencio del escaparate, se abría una sala en la que, sobre una mesa de grueso cristal oscuro y patas de acero, se extendía en estudiado desorden una pila de lujosas revistas de viaje. Desde allí y a través de un vano se accedía a otra sala donde había dos librerías lacadas de negro. Además de libros de viajes de autores célebres y unas pocas guías muy conocidas y prestigiosas, contenía objetos exóticos de calidad, pero falsos. A continuación, tras cruzar otro vano, se entraba en una tercera estancia, también escasa de mobiliario. En ella, sentada delante de un imponente escritorio de diseño, una mujer vestida con chaqueta y falda tono burdeos intenso y camisa color champán atendía a dos clientas que eran de una ostentación tan vulgar que aún se notaba más en

un sitio como aquel. La señora color burdeos parecía escucharlas con atención.

A su espalda, se abría una holgada sala con cuadros de tamaño considerable.

—Buenas tardes, ¿es una exposición? —pregunté con sonrisa de pedir aprobación.

—Buenas tardes. Sí, sí, es una exposición de uno de los mejores fotógrafos del país. —Respondió de inmediato.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, para eso está. —Contestó con una sonrisa a lo Julia Roberts y un gesto de invitación de su mano.

De las paredes color vainilla, colgaba una docena de escenas africanas color café con leche; en algunos casos, mucha leche y, en otros, mucho café. Los cuerpos esbeltos y lánguidos de personas y animales se recostaban sensualmente contra una sabana desdibujada al tiempo que me examinaban con atención.

«Y, ahora, ¿qué piensas hacer?», parecían preguntarme.

Volví a entrar en la sala donde las clientas chabacanas solicitaban información a graznidos y esperé mi turno. Soñar no cuesta dinero.

Al llegar a casa, solo me esperaban oscuridad y silencio. Sobre la mesa del vestíbulo, había un billete de avión impreso, una dirección de hotel al margen y una nota:

He comprado un last minute. Ojalá aceptes.

Me senté inquieta.

«¿Le seguía el juego o iba a la mía?», me pregunté.

Desde el agua distingo un torbellino de luces escarlata que parpadean. Se asemejan a las que flotan sobre las aguas de los puertos de mar. En el cielo, intensamente opaco, las estrellas parecen serpentina dorada.

Nada más salir, lo diviso en la oscuridad. No sé si duerme, si no me ha visto o hace como que me ignora. A medida que avanzo hacia él, vuelvo a vibrar después de tanto tiempo. Me acerco con los acordes del *Segundo concierto para piano* de Rachmaninoff como telón de fondo lejano y, en cuanto me detengo a sus pies, se revuelve, se incorpora y me toma de las manos.

—¡Te queman! —exclamo conmovida.

—En canvio, las tuyas están frías.

Manos que exploran, que emprenden batalla por la orografía del otro, que nos convierten en colonizado y colonizador, que animan a pleitear por tierras clandestinas, que impulsan avideces nuevas, que dramatizan gestos y ensayan peticiones. Comedia de enredo para manos que sostienen copas de vino caliente y depositan pequeños tesoros en la boca del otro, que acarician hasta los confines del sueño, indiferentes ya a Rachmaninoff, las luces escarlata y el cielo engalanado de oro.

Me despierto y me estiro en la cama. Compruebo que el escenario ha desaparecido. De manera paulatina, me llega a los oídos un sonido familiar. Se trata de Luis en la cocina: está colocando platos, copas, cubiertos y cazuelas en el lavavajillas. Me levanto y, de camino al baño, veo en el

vestíbulo el cubo de la basura. Está a rebosar de «aparejos de tramoya»: los restos de la cena, botellas vacías, velas escarlata... Al volver al dormitorio, me fijo en el edredón.

«Tendré que meterlo en la lavadora», me digo.

Está cubierto por una constelación terrenal de manchas y serpentina dorada. La que colgó Luis del techo anoche antes de mi vuelta a casa.

Me dirijo desnuda a las contraventanas. Fuera hace frío, pero el sol ya sonrío al otro lado de la vida. Aunque tarde, todavía no se ve gente. No obstante, la algarabía de los pájaros que han bajado a nuestro invierno atraviesa el silencio. Una sonrisa maliciosa me despereza los labios.

La pareja de baile

Si las mujeres de mi familia materna hubiesen vivido cuatro o cinco siglos atrás, alguna de ellas quizás hubiese sido condenada a la hoguera por bruja. De hecho, lo que voy a contar está relacionado con la dotes adivinatorias de mi abuela y su pasión por el baile.

Mi bisabuela tuvo, además de varios abortos, cuatro varones que murieron pronto y una hembra que la sobrevivió. Madre e hija se llamaban Dolores.

Mi tía Rosario, la hermana pequeña de mi madre y madrina mía, era la que me contaba las historias familiares, aunque de la que más me hablaba era de lo mucho que a mi abuela le gustaba bailar.

—Tendrías que haber visto qué zapatos calzaba. Eran suaves y delicados como los de Margot Fonteyn. Y es que ser hija única y de padres ricos... De niña, si me ponía muy pesada, me sentaba sobre la alfombra y bailaba para mí. Era un espectáculo. De todos modos, lo tuvo difícil de joven, pues solo en las fiestas patronales les estaba permitido a las chicas decentes bailar en público. Con todo, fue más afortunada que otras, ya que unos amigos de mis abuelos que vivían a 700 kilómetros de aquí la invitaban todos los años para las fiestas de San Juan, en las que se bailaba mucho. Eran de más

confianza que si fuesen familia y tenían una hija tres años mayor que mi madre, por eso le consentían el capricho, así que tu abuela se moría de ganas de que llegase junio. Una semana antes, ya tenía la maleta hecha y, el día de salida, era la primera con un pie en el estribo del autobús de línea.

Ese tráfago solo duró hasta que conoció a mi abuelo, pues, tras casarse, no volvió a salir de casa. Ni para bailar ni por las bodas, bautizos y comuniones de hijos y nietos. Ella sabría por qué...

—Solo lo hizo cuando la guerra, en que nos íbamos en carro a la finca de El Pla a dormir, porque todas las noches los aviadores italianos bombardeaban la fábrica de municiones que había junto al asilo del pueblo, cerca de casa. ¡Ah! Y también al estrenar en el cine *El último cuplé* de Sarita Montiel.

—¿De dónde le venían tantas ganas de bailar? A mí la abuela siempre me pareció muy estricta —le pregunté.

—Siempre, no. De Asunción, la hija de los amigos de mis abuelos. Fue quien la enseñó a bailar —respondió mi tía Rosario.

—Mira, te voy a contar algo que poca gente sabe: por culpa de un baile, casi se quedan mis abuelos sin hija. Mi abuela lo llamaba

«la danza del diablo», porque era endiablada de verdad —añadió.

Y no debía de ir desencaminada mi bisabuela, puesto que, al explicarme mi tía cómo se bailaba, comprobé que tenía muy poco de inocente.

—Era sinuoso y fluido como una serpiente del Amazonas y tendrías que haber visto qué trajes se gastaban los

bailarines: ceñidos y llenos de color y adornos brillantes. Tu abuela guardaba un par de fotos en las que se les veía vestidos de ese modo, aunque el color tenías que adivinarlo, porque eran en blanco y negro.

El último San Juan al que fue, Dolores conoció a José, un muchacho moreno y meloso. Según parece, se enamoró de él bailando la famosa «danza del diablo».

—Le cogió tanta querencia al chico que mis abuelos se asustaron. Sabían que la perderían si el enamoramiento seguía adelante, ya que se habría quedado en el pueblo del bailarín, que era hijo único, y no era lo mismo que mi madre estuviese fuera una semana que vivir a tantos kilómetros de distancia de sus padres. Poco importó, pues, que los amigos les asegurasen que José era un chico muy trabajador y de buena familia, y de que la trataría como a una reina, que a mi abuela no la dejaron volver.

—Me explicó mi tía.

A finales de ese mismo verano, empezó a rondarla un chico del pueblo tan trabajador y de buena familia como José, que era mi abuelo Paco. Rubio y de ojos azules, tranquilo y bondadoso. Para Navidades, ya «entraba en casa», como se decía entonces si la relación iba tan en serio como para casarse.

—Tu abuela se encariñó de tu abuelo sin danzas de por medio. Fíjate que no debió de poder vivir sin él, porque se murió el mismo día que mi padre, pero un año después. Hizo de él lo que quiso menos en una ocasión... En que, por cierto, casi le cuesta el matrimonio, ya que tu abuelo se marchó muy enfadado y el tío Emilio tuvo que ir a buscarlo... —me contó la tía casi en susurros.

Mi abuela tenía un carácter muy fuerte.

Sin embargo, la historia de Dolores y José no acabó el San Juan en que se conocieron. A mi abuela le tocó en suerte —o en mala suerte— un don: sin saber cómo ni por qué, anticipaba cosas que aún no habían ocurrido.

—Es como un sexto sentido. Lo hemos heredado algunas mujeres de la familia, por eso somos un poco extravagantes. No me extrañaría nada que tú, sobrina, también lo tuvieras, que lo veo en esos ojitos de bruja que tienes...

Tenía razón, y he de confesar que no es como para saltar de alegría.

Una tarde, poco antes de casarse mi abuela, justo al abrir la puerta de su dormitorio, un vendaval que venía de dentro le pegó un empujón. No obstante, no se amilanó. Nada más pudo, entró y se dirigió al interruptor de la luz para encenderla, pero, antes de alcanzarlo, le echó un vistazo a la ventana y vio una sombra rígida, seca y flaca sentada en su butaca. Dio marcha atrás y cerró la puerta. El supuesto fantasma iba vestido como los bailarines de «la danza del diablo».

—Tu abuela me contó que llegó a enfadarse con ella misma por no haber tenido el valor de plantarle cara al espectro. Por cierto, esto de los aparecidos entre nuestras mujeres debe de venir de antiguo. Mi abuela ya me contaba que a su madre iban a visitarla todos sus parientes difuntos, incluido su marido... Parece ser que, en una de esas visitas, se quedó clavado como una estaca a la puerta del dormitorio de mi abuela, que era la única hija que quedaba soltera. Tenía muchos pretendientes rondándola y debía de ser su

manera de decirle a la mujer desde el otro mundo que estuviese al tanto.

A pesar de que mi tatarabuela, la viuda a la que visitaban todos sus parientes difuntos, se lo contó a su hija, esta no la creyó. No podía entrarle en la cabeza que un hombre que había muerto diez años atrás hubiese guardado su puerta mientras ella dormía. No obstante, muchos años después, en cuanto se enteró de que a mi abuela, que era su hija, se le había aparecido el fantasma bailarín, se creyó de golpe todo lo que su madre le había contado siempre.

Años después, mi abuela le confesó a mi tía que aquella vaporosa presencia sentada en la butaca la miraba como un perro apaleado y que parecía tan real como la puerta que no se atrevía a traspasar. Se pasó la tarde intentando entrar y siempre que la abría allí estaba, cada vez más nítido y triste. Pese a que parecía esperar algo, ella no podía imaginarse qué podía ser, si es que realmente quería algo, ya que estaba demasiado aterrada; si bien el pobre espectro tenía algo que le daba confianza.

Por fin, alrededor de las diez de la noche, se animó y decidió entrar. Inspiró profundamente, abrió la puerta y se lanzó de nuevo sobre el interruptor. El espectro había desaparecido y, con él, el miedo de Dolores. Se fue a la cama y se olvidó de todo.

La tarde siguiente, al volver a casa después de la última prueba que le quedaba del vestido de novia, se dirigió a su dormitorio. Si bien vaciló un instante antes de entrar, en cuanto lo hizo, ni un segundo tardó en encender la luz. A continuación, se cambió de ropa y se dirigió a la cocina. Su madre se movía arriba y abajo y parecía angustiada. No hacía

más que preguntarle acerca de los preparativos de la boda. Varias veces le repitió que, si necesitaba más ayuda, las primas le echarían una mano.

Mi abuela recuerda que, en un momento dado, su madre empezó a hablarle de los viejos amigos. Le dijo que Asunción había llamado por teléfono para confirmar que vendría toda la familia a su boda.

«Me ha dicho también que José se puso malo ayer y lo llevaron al hospital, pero, como no parecía grave, le dieron el alta al cabo de un rato. Nada más llegar a casa, decidió acostarse y, mientras se quitaba la ropa, le vinieron unas arcadas. Ni tiempo tuvo de avisar, que cayó muerto. Sobre las ocho y media creo que me ha dicho. Pobre chico», terminó mi bisabuela.

